

## Que se escuche la llamada

por Joan Chittister, Cuarto Congreso Mundial de Oblatos Benedictinos, Roma, 4 al 10 de noviembre de 2017

La pregunta del día es simple pero potencialmente cambiante: ¿por qué alguien se molestaría en apearse a un monasterio benedictino?

¿Cuál es el propósito de hacer algo así? La verdad es que ambos, tanto ustedes como yo, yo como monja consagrada, ustedes, como oblatos comprometidos, estamos descubriendo de nuevo lo que significa mantener un carisma encomendado por la iglesia, en formas nuevas y vibrantes.

Primero, el propósito de un carisma, el propósito de los dones que el Espíritu nos da para mantener el espíritu de Jesús en la Iglesia hoy en día, no es cumplirlo como en una horda o esconderlo para nosotros mismos.

No, el propósito de un carisma, el propósito de este carisma que llamamos benedictinismo, es compartirlo, regalarlo.

No acudimos a un monasterio para mantener cautivado este gran carisma en algún tipo de elitismo eclesiástico, por el menos del 1% de la comunidad cristiana que afirma ser la propietaria.

Hay varias historias antiguas que indican mejor, creo, tanto el propósito como la espiritualidad de lo que significa ser un oblato benedictino.

La primera de esas historias es de los monásticos del desierto:

Un día, el abad Arsenio le pedía consejo a un anciano egipcio sobre algo.

Alguien que vio esto le dijo: Abba Arsenio, ¿por qué una persona como tú, que tiene un gran conocimiento de griego y latín, le pide consejo a un campesino como este?

Y Arsenio respondió: "De hecho, he aprendido el conocimiento del latín y el griego, pero no he aprendido ni el alfabeto de este campesino".

Abba Arsenio sabía lo que eran las comunidades religiosas, la iglesia y las personas que hemos olvidado durante siglos: la vida es el director espiritual más grande del mundo. Y cada uno de nosotros aprende de ello.

Cada uno de nosotros, tanto laico como religioso, lleva dentro una parte de la verdad, pero solo una parte.

Una medida de la sabiduría hacia la que todos nos esforzamos consiste en aprender el lenguaje de la vida que nos rodea y, sobre todo, en estar dispuestos a escuchar la sabiduría del otro.

La Regla de Benito es clara: al absorber la sabiduría de los demás, nosotros mismos nos convertimos en sabios. Tú aprendes de nosotros, sí, pero nosotros también aprendemos de ti.

La segunda historia proviene de los cuentos de los hasidim:

Un buscador viajaba millas todas las semanas para aprender del santo al otro lado de las montañas. ¿Sobre qué predica el santo - preguntaron algunos amigos -, que te haría realizar un viaje tan arduo tan a menudo?

¿Predicar? Pues el santo nunca me predica en absoluto, dijo el buscador.

Bien, entonces los amigos preguntaron: - ¿Qué rituales hace el santo que son tan importantes para tu alma? Y el buscador respondió: - El santo no hace ningún ritual para mí en absoluto.

Bueno, en ese caso, los amigos insistieron, - ¿Qué pociones se dan allí que parecen hacer la vida más santa para ti? Y el buscador respondió:

- No me dieron ninguna poción en absoluto.
- Pero si el santo no te predica, y el santo no hace rituales por ti, y el santo no te proporciona pociones, ¿por qué vas allí?

Y el buscador dijo - Para ver al santo encender el fuego.

Ese buscador sabe lo que todo buscador verdaderamente espiritual sabe en todas partes: hay algunas verdades espirituales que llegamos a entender solo al verlas en otro, solo haciendo lo que hacen otros que ya nos han precedido y saben el valor de hacerlo de esa manera. Es el vínculo con la tradición sagrada lo que nos mantiene en el camino.

Finalmente, los maestros zen cuentan la historia del monje Tetsugen.

El objetivo de Tetsugen era la impresión de siete mil copias de los sutras de Buda, hasta ese momento solo disponibles en chino, en bloques de madera japoneses. Era una empresa enorme.

Tetsugen viajó a lo largo y ancho de Japón para recolectar fondos para este proyecto.

Pero después de largos años de mendicidad, y justo cuando recogía los últimos fondos, el río Uji se desbordó y miles quedaron sin hogar.

Así que Tetsugen gastó todo el dinero que había reunido para imprimir las escrituras en japonés a las personas sin hogar y comenzó su recaudación de fondos nuevamente.

Pero el mismo año en que logró recaudar el dinero por segunda vez, una epidemia se extendió por todo el país.

Esta vez Tetsugen regaló el dinero para disminuir el sufrimiento.

Finalmente, una vez más, emprendió otro viaje de recaudación de fondos y, veinte años después, una moneda a la vez, finalmente reunió el dinero suficiente por tercera vez para ver su sueño realidad: las Escrituras finalmente podrían ser impresas en japonés.

Los bloques de impresión de esa primera edición de sutras budistas en japonés todavía están en exhibición en el monasterio de Obaku en Kyoto.

Pero los japoneses les dicen a sus hijos hasta hoy que Tetsugen produjo en realidad tres ediciones del sutra y que las dos primeras ediciones, el cuidado de las personas sin hogar y el consuelo de los sufrientes, son invisibles pero muy superiores a la tercera.

Claramente, los maestros zen saben lo que nosotros sabemos: el testimonio, no la teoría, es la medida de la espiritualidad que profesamos.

Lo que hacemos por lo que decimos que creemos, es la marca real de la espiritualidad genuina.

Desde el maestro del desierto que escuchó a los laicos, al buscador que reconoció la santidad de la vida en la fidelidad del santo, hasta Tetsugen, que sabía que ningún libro espiritual es igual a un acto espiritual, el vínculo entre el desarrollo espiritual profundo y una vida espiritual profunda ha sido una constante.

Los antiguos son claros: hay un vínculo común entre los portadores de las grandes tradiciones espirituales y los buscadores de la vida espiritual en todas las épocas. Uno ilumina al otro. Uno energiza al otro. Uno empodera al otro.

La tradición ilumina los tiempos, sí, pero los buscadores también revitalizan una tradición.

El punto: los monjes benedictinos y los oblatos comprometidos se necesitan mutuamente.

Las preguntas entonces son simples:

¿Por qué existes como oblatos? ¿De dónde vienes? ¿Quién eres en esta gran historia benedictina? ¿Qué debes hacer para que el carisma prospere?

La pregunta 1, "¿Por qué existes?" Es una cuestión de propósito.

Los programas de laicos religiosos, cualquiera que sea su nombre con el tiempo, son oblatos, un término benedictino tan antiguo como el siglo VI; o cofrades en monasterios medievales; predicadores laicos terciarios de la Francia del siglo XIII; franciscanos, dominicanos y carmelitas de tercera orden de la Edad Media tardía; o los voluntarios jesuitas; o los laicos contemporáneos misioneros de Maryknoll.

Como se llaman, todos están destinados a dar nueva vida, un espacio más amplio, una nueva profundidad y extensión a los carismas de las comunidades religiosas cuya tarea consistía en converger esos dones en una gran llama para que el resto del mundo pueda verlos y así imaginan otra manera de estar vivos.

Pregunta 2, "¿De dónde vienes?" Es una cuestión de legitimidad que se remonta a las raíces de la Iglesia y de la tradición misma.

Pablo lo tiene muy claro en Corintios: "A cada uno", enseña, "la manifestación del Espíritu se da para el bien común... A uno se le da sabiduría, a otro conocimiento, a uno fe, a otro curación, o un poder, a otro el don de profecía... Todos estos son obra de un mismo Espíritu y se dan a cada uno según lo determine el Espíritu (1 Cor. 12: 3) por el bien del cuerpo, el todo".

Esos carismas son regalos dados a cada uno de nosotros por el bien de toda la comunidad cristiana. ¡Y por eso deben ser compartidos por el bien de toda la comunidad cristiana!

El día en que guardamos nuestro carisma para nosotros mismos, ya sea como individuos o como comunidades religiosas, ese mismo día el carisma muere en nosotros y el Espíritu Santo va en busca de una arena más suave a través de la cual correr.

Claramente, el canal espiritual de los carismas o dones religiosos está destinado a permanecer intacto: a través de los guardianes de los pozos de esas tradiciones, nosotros, brindarlo a los guardianes de los caminos del mundo.

Y claramente ha sido siempre así.

La Escritura en sí misma está llena de modelos de espiritualidad en compañía: Rut y Noemí, Judith y su criada, Eliseo y Elías, Pablo y Timoteo, en todos los casos es la mezcla de diferencias, la combinación de diversos dones, lo que hace posible el milagro final de la fe.

En todos los casos, es la escucha, el aprendizaje, el apego amoroso de sus espíritus, lo que toma dos debilidades y las hace fuertes.

En todos los casos, estos compañeros, que provienen de diferentes perspectivas en la vida y el espíritu, hacen posible que puedan hacer juntos lo que ninguno de ellos podría hacer solo.

Gracias a Rut - los moabitas, los extranjeros, los forasteros -, y Noemí - los israelitas -, pueden regresar a Belén. Y así, la línea de David se mantiene intacta y Jesús nace en esa línea por el extranjero, Rut.

Gracias a la sirvienta que arriesga su propia vida para acompañarla, Judith puede trazar el final de quien tiene a Israel bajo asedio.

Gracias al profeta Elías, se reconoce a Eliseo como quien llevará a cabo el trabajo profético en sí mismo, y se le otorga el escenario para su propio mensaje.

Juntos, los monasterios benedictinos y los oblatos benedictinos deben hacer lo mismo para liberar a los oprimidos de hoy.

Tú y yo debemos hacer lo mismo por los que no tienen voz de nuestro propio tiempo. Gracias al mismo Pablo que reconoció en la juventud de Timoteo y en su ascendencia griega el puente que el mismo Pablo necesitaba para predicar a Jesús a toda una nueva población no judía, el trabajo de la Iglesia primitiva pudo prosperar en regiones mucho más allá del sonido de la propia voz de Pablo.

Ahora, nosotros, tú y yo, debemos elevar nuestras voces juntos, donde el evangelio rara vez se escucha. Tú en tu mundo, nosotros en el nuestro.

De hecho, fue el mismo Jesús quien dijo a muchos, en todas partes y en cualquier lugar, vengan y vean... Y luego los envió juntos, sin apóstoles a la vista, para ser los discípulos de su propia vida.

De hecho, los programas oblatos comparten una historia orgullosa, un amplio alcance. También encarnan una teología audaz: demuestran en un período de clericalismo y una eclesiología cerrada que los carismas de Jesús, todos los dones de los que habla Pablo, no son para que algunos los guarden. No son solo para el desierto; también se darán en la ciudad.

No hay algunos de nosotros que somos santos y otros que no lo somos. No hay algunos de nosotros que encarnamos los dones del Espíritu y algunos de nosotros que no los hacemos.

No hay algunos de nosotros que somos un regalo para la Iglesia y otros que no lo somos.

La pregunta 3, "¿Quién eres?" es una cuestión de identidad y la respuesta es clara: ser oblato es ser portador de la espiritualidad benedictina.

Es exactamente lo que somos: quién es tu monasterio, pero en una forma diferente.

Tú y nosotros, nosotros y tú, estamos destinados a ser regalos de paz benedictina, oración, humildad, justicia, comunidad humana y trabajo que da vida.

De hecho, juntos estamos destinados a ser mensajeros, modelos y creadores de un mundo completamente nuevo, donde sea que estemos.

De hecho, los carismas de Jesús que el espíritu nos da a cada uno de nosotros no son para ser secuestrados por religiosos profesionales.

Los carismas de Jesús el predicador, el sanador, el hacedor de maravillas y el recolector de naciones se conservan hasta el día de hoy por el funcionamiento del Espíritu Santo en los corazones de los buscadores de todo el mundo.

Se hicieron visibles en el trabajo de curación de los hospicios benedictinos cuando la enfermedad se consideraba un castigo por el pecado, por lo que nos llaman hoy a unirnos con corazones y manos y conocimientos para ser figuras de curación en todas partes.

Se hicieron visibles cuando se pensaba que la opresión y la esclavitud eran la voluntad de Dios, pero la igualdad y la justicia eran el sello distintivo de los monasterios benedictinos, por lo que nos llaman a unir nuestros corazones y nuestras ideas para hacer de la igualdad un signo hoy de nuestras propias comunidades.

Se hicieron visibles en la santa hospitalidad y aún nos llaman para ver a Cristo en todos los que entran por las puertas de nuestros hogares y los arcos de nuestros monasterios.

Se hicieron visibles en las obras proféticas de benedictinos para la paz cuando las naciones pecaron en nombre de Dios y lo llamaron cristianización y la Iglesia misma se apartó del evangelio y lo llamó ortodoxia.

Y esos carismas están destinados a ser compartidos, a ser gastados, a ser esparcidos imprudentemente a través del cuerpo de Cristo, no mantenidos cautivos en algún tipo de cuerpo semi-clericalizado de aristocracia eclesiástica.

Más que eso, son la esencia, la marca, el mensaje de la vida de Jesús,

Los carismas del Espíritu están vivos, en otras palabras. Siguen adelante, mientras Jesús continúa. Ellos nunca están completos. No se congelan en el tiempo. No son fijos ni estáticos, estancados ni almacenados.

Saltan con la vida. Ellos nunca mueren. Son la electricidad que potencia todo bien en nosotros. Son esa oleada en ti, esa seguridad en mí de que viajamos en un río de gracia que es quieto y profundo, intenso y nuevo.

No son solo los dones de los monjes consagrados, sino el don común de monjes proféticos y de oblatos comprometidos reunidos, antiguos pero inmediatos; son dinámicos, se desarrollan y son necesariamente nuevos hoy como lo fueron en el alma de Benito de Nursia.

El carisma, entonces, debe ser redescubierto constantemente, y re-expresado constantemente.

El carisma siempre está maduro, pero siempre florece nuevamente, siempre se termina para una edad y para una persona, pero comienza de nuevo en otra: el carisma es como todo ser vivo. Toma la forma de semilla, rama, árbol, flor y fruto de la vida espiritual... Crece a través de una etapa de la vida tras otra y luego, a través de ti y de mí, vuelve a crecer. Aquí. Ahora. Siempre. El carisma es la higuera que florece en todas las estaciones.

Por separado, solos y también juntos, debemos hacerlo visible de nuevo en formas nuevas. Y juntos debemos hacerlo mensaje vocal de nuevo en el nuevo lenguaje de un nuevo tiempo.

Aquí radica la gloria de los programas oblatos que están surgiendo en el benedictinismo de costa a costa, de continente a continente, en todas partes.

Los programas oblatos suelen ser dos veces más grandes que los monasterios que los patrocinan. Pero claramente: si el Evangelio es una prueba del poder de la compañía santa, entonces los oblatos no están destinados a ser simplemente consumidores de la tradición. También están destinados a ser compañeros del monasterio al que están apegados.

Se supone que ustedes son los portadores de la tradición. Como individuos, sí, pero en concierto, en comunidad, con la comunidad oblata que está en comunidad, con la comunidad del monasterio.

Se trata de los crecientes programas oblatos de pequeños monasterios que se están convirtiendo en ramificaciones del espíritu de la Regla, la extensión del espíritu del monasterio al que están vinculados.

Debes ser benedictinismo en el núcleo del mundo, una verdadera masa crítica de nueva vida, nueva esperanza y nuevas expresiones del espíritu de La Regla de Benito, de Jesús vivo en nosotros y de la voz de Dios entre nosotros.

Hay oblatos benedictinos en todas partes siendo el carisma de su orden: predicando la paz en mi país, que gasta más dinero en la destrucción que en el desarrollo.

Están haciendo justicia en un mundo que proporciona a su CEO un salario cien veces mayor que los salarios de los trabajadores que producen por ellos su dinero.

Están siendo misericordiosos en un mundo que mata a los asesinos para mostrar a todos que matar es incorrecto.

Exigen igualdad para las mujeres que permanecen invisibles incluso en las iglesias que dicen que su modelo es Jesús. Y al mismo tiempo, son ignorados por los sistemas sexistas seculares que absorben sus vidas al poner en sus espaldas el doble de la carga y la mitad de la paga.

Los oblatos deben convertirse en un nuevo tipo de personas en medio del caos de la violencia y la codicia y la opresión y el poder: un pueblo cuya arma es la verdad y cuya fuerza es la intrepidez. Y cuyo testimonio, en concierto con sus monasterios, es el poder de la propia comunidad oblata.

En efecto, lo mejor del carisma benedictino es seguir viviendo.

Pregunta 4, “¿Qué debemos hacer?” Es la cuestión de la misión y el significado.

Se requiere una nueva respuesta tanto de los monasterios benedictinos como de los propios oblatos, si realmente se trata de carisma. Los programas oblatos tienen un propósito y un lugar en la Iglesia contemporánea que es un regalo para toda la Iglesia: primero, los programas oblatos deben modelar a una Iglesia entera, una Iglesia que está ejerciendo su ministerio completamente, completamente abierta, totalmente renovada; en el corazón mismo de una Iglesia que se ha convertido, con el tiempo, en demasiado masculina, demasiado clerical, demasiado alejada de la gente de Dios.

Cuando los miembros profanos de una comunidad benedictina fusionan sus vidas y su trabajo, su sabiduría espiritual y su testimonio público, su toma de decisiones y la parte más profunda de sus preocupaciones con los oblatos que los rodean, entonces la Iglesia misma se renueva, se vuelve completa otra vez.

En el espíritu de Jesús que caminaba con mujeres, hablaba con samaritanos y discutía con los guardianes de la sinagoga, los programas oblatos abren las puertas que nos han separado de nosotros mismos, en detrimento de los dos. Los programas oblatos hacen que la integración de la vida laica y la vida religiosa canónica sea obvia, sí; pero hacen más que eso.

Desmienten la noción de que un estado es más alto que otro. Hacen evidente la santidad inherente de cada uno. Hacen evidente que cada uno de nosotros está en el camino hacia el mismo Dios: la única diferencia en nuestros viajes es la forma en que elegimos llegar allí.

Los programas oblatos demuestran lo que la pintura de Leonardo da Vinci de la última cena no registra — con su versión apostólica y completamente masculina de la teología eucarística de Jesús —, pero que la huella de Bohdan Piasecki de hombres, mujeres y niños comiendo juntos en la fiesta de la Pascua deja en claro: la mesa a la que Jesús nos llama es una mesa de hombres y mujeres, de apóstoles y discípulos, de jóvenes y viejos, todos compartiendo la misma comida, todos llamados a la misma copa. Y todos, participantes en el desarrollo teológico de la comunidad cristiana primitiva.



*La última cena\_ Bohdan Piasecki*



*La última cena\_ Leonardo da Vinci*

Nos recuerdan la gran cantidad de personas que Jesús atrajo a su alrededor, pero que a lo largo de los siglos, se convirtió en una pirámide piadosa diseñada para mantener a la mayoría de la gente al margen.

Los programas oblatos están destinados a disipar la imagen de exclusividad que hace de la espiritualidad el ámbito de un club privado de personas concedoras, personas especiales, personas específicamente privilegiadas, específicamente con género, supuestamente más informadas, especialmente reconocidas, específicamente asexuales, que definen sus límites y cuyas recompensas son para sí mismos.

Finalmente, los programas oblatos, vistos como seguidores de la tradición y como parte de sus portadores actuales, permiten al mismo tiempo que tanto su cuerpo de oblatos como la propia comunidad religiosa fortalezcan los dones del otro y aprendan de los dones del otro.

Como sabían Abba Arsenio y el viejo campesino, lo más probable es que esta sea la sabiduría que buscamos juntos.

Los oblatos traen al monasterio el don de la inmersión en otra dimensión de la vida con todas sus ideas, sus entendimientos, sus complicaciones complejas y embarradas, y su clamor por nuestra toma de conciencia, nuestra comprensión, nuestra participación y nuestra voz.

Los monásticos aportan a los oblatos la experiencia vivida y el testimonio real de una tradición espiritual de larga data que ha resistido la prueba del tiempo a lo largo de siglos de desafío, ha estabilizado capas enteras de personas en medio de graves peligros y ha dado dirección a cuerpos enteros de buscadores a veces en tiempos de gran oscuridad.

En el siglo V, cuando el Imperio Romano se derrumbó y Europa quedó en ruinas, el benedictinismo estuvo allí para dar significado espiritual y organización social a un pueblo que se quedó sin centro político ni orientación espiritual.

Es un clamor para nosotros continuar llevando los valores benedictinos al centro de cada sistema.

Cuando la sociedad mercantil emergente comenzó a consumir las vidas de los pobres en aras de un nuevo sistema económico que les robaba la tierra a los pobres y no pagaba nada por su trabajo, los monásticos educaron a los pobres para prepararlos para dar el salto de la servidumbre a la auto-dirección.

Es un clamor para nosotros participar en la renovación de nuestras propias sociedades que todavía están atrapadas en el materialismo que seca el alma, y comprometernos a nosotros mismos a modelar otros valores más profundos y más duraderos.

Cuando la religión fracasó y engendró divisiones nacionales en lugar de paz, los benedictinos lucharon por crear un gobierno para la guerra y buscaron discernir espiritualmente la complejidad de las relaciones humanas.

Ese modelo es un clamor para que veamos el desarrollo de los valores benedictinos como nuestra responsabilidad social, no como excusa para retirarnos de la sociedad en nombre de la piedad falsa e infructuosa ante la cual Jesús que dice claramente: "Por sus frutos los conocerás" Mateo 7: 15-20.

Cuando las industrias familiares quebraron y las granjas familiares desaparecieron, cuando la nueva industrialización llevó a los hombres a las fábricas y les dio dinero a los hombres, pero nada a las mujeres, las mujeres monásticas abrieron escuelas para niñas y niños por igual, para que las semillas de un mundo sin sexismo no solo sea posible algún día, sino imperativo. También empezaron a proporcionar a las mujeres educación, cuidado de niños, atención médica y la condición de sus vidas para las generaciones venideras.

También es un llamado para nosotros a reunirnos de nuevo con los olvidados, a hablar por los que no tienen voz, a pintar el cielo de nuevo con nuestras propias vidas, con la visión de un mundo más brillante, más justo e igualitario una vez más.

Es la profundidad de esas tradiciones espirituales, el coraje de esas historias espirituales, el compromiso de aquellos monásticos que nos trajeron a este día, lo que las comunidades monásticas confían a aquellos que buscan.

¿Cómo podemos fallar, entonces, si estamos formando verdaderos programas oblatos, si realmente buscamos ser parte de la tradición espiritual que atesoramos, para formar personas que buscan la justicia, hombres y mujeres fuertes e independientes, un laicado santo y espiritual para nuestro tiempo?

De lo contrario, ¿cómo podemos escondernos en nuestros jacuzzis espirituales, nuestros spas piadosos y decir que llevamos los carismas de los que nos precedieron? Los programas oblatos no están simplemente allí para que los monásticos fortalezcan los dones especiales de un oblatos, sino para que el monasterio aprenda de la sabiduría y el conocimiento que la vida individual y la vida matrimonial de nuestros oblatos nos ofrecen.

Y los oblatos, por su parte, deben aprender el poder omnipresente de las antiguas tradiciones espirituales para la calidad de vida actual.

Los monásticos, que están acostumbrados a la seguridad de los proyectos grupales, deben aprender el asombroso impacto del tipo de acciones independientes e individuales que los asociados oblatos, en sus vidas aisladas, arriesgan todos los días, dan por sentado todos los días, valientes sin fin todos los días.

Debemos mirarnos unos a otros en busca de la sabiduría de la experiencia que cada uno de nosotros trae a la mesa desde una parte diferente de la vida, desde otra faceta de la vida, una perspectiva completamente distinta de ser cristianos, de estar completos.

Hay desafíos, por supuesto: es un período de ajuste para todos nosotros: en primer lugar, los monásticos y los religiosos en general están aprendiendo a aprender de los laicos. Los religiosos estamos llegando a un sentido de sabiduría más allá de lo convencional.

También estamos redescubriendo nuestro propio rol para transmitir una tradición espiritual, así como un conjunto de ministerios institucionales o prácticas espirituales de otros tiempos.

Estamos descubriendo que junto con la puerta abierta que caracterizó a las fundadoras de nuestros monasterios misioneros, encuentran su propio sentido la perfecta privacidad y el control antiséptico de las circunstancias y los entornos físicos y los horarios regulares y el aislamiento santificador.

Estamos aprendiendo que la vida en sí misma no es limpia y que la limpieza puede ser una trampa que nos traga en el medio de nosotros mismos, donde nada crece más que el narcisismo.

Los religiosos estamos descubriendo que lo que les falta al buscador laico, y con más frecuencia a la mujer laica, a la mayoría de las mujeres laicas, es espacio. Necesitan espacio para la tranquilidad que un niño aferrado no da ni por un momento al día. Necesitan espacio para hablar de sus propios sueños, esperanzas y preguntas.

Y necesitan a alguien con quien hablar. Necesitan conectividad: la sensación de ser parte de algo más grande que ellos mismos, algo que les permite saber que en el escenario amplio del planeta, toman en cuenta los problemas que hacen que el evangelio sea real y las bienaventuranzas y la resurrección posibles para todo el mundo.

Están descubriendo que los laicos necesitan un santuario, donde ser machistas y duros, donde infligir dolor y tomar dolor no sean la medida de un hombre. Se están dando cuenta de que los laicos necesitan un lugar donde la vida espiritual se nutra de ellos, no se burle de ellos ni se les considere débiles.

Están empezando a comprender que hay hombres laicos que quieren aprender de la sabiduría espiritual de las mujeres para quienes la fuerza y el poder, el dinero y las ganancias no son los objetivos de la vida.

Llegan a comprender que tanto las mujeres como los hombres deben ser invitados, ser acompañados en los comedores populares y en las vigilias de paz y en los grupos de justicia social que confrontan al Estado en nombre de los pobres y claman a la Iglesia en nombre de las mujeres y contradicen los poderes que encadenan a los oprimidos, y así renuevan el mundo con el mensaje de Cristo.

Necesitan monasterios que los muevan a llevar un corazón monástico a un mundo en caos.

Necesitan, sobre todo, una oportunidad para hacer un viaje de fe que sea constante, profundo, probado y verdadero... Y necesitan que alguien les acompañe en el camino. Para enseñarles el camino, para señalar el camino, para monitorear la marcha, para aplaudir los esfuerzos, y para preocuparse por ellos y por la tradición lo suficiente como para caminar por el camino con ellos.

Los programas oblatos no pretenden sustituir las sociedades de ayuda, los gremios de monasterios, los programas para alumnos o los auxiliares comunitarios.

Los programas oblatos deben ser la onda espiritual, el compañero de vida y el apoyo de los monasterios a los que pertenecen, un llamado a la comunidad que es tan raro en un mundo de aislamientos.

Necesitan ampliar el alcance, la profundidad y la amplitud de los monasterios que construyeron la última era y que, ahora más pequeños, deben comenzar a construir de nuevo.

Son la esperanza de que también en este siglo, la vida, los valores y la espiritualidad de la visión benedictina, ya probados y verdaderos por siglos, puedan nacer de nuevo en nosotros, de nuevo y siempre.

Y, sobre todo, si nuestros programas oblatos son auténticos, que haya oblatos que trasmitan estos valores más allá del monasterio al ayuntamiento y al congreso, a las oficinas corporativas y a las calles de la ciudad, incluso, si es necesario, a los monasterios que se han convertido en demasiado tranquilos, demasiado cómodos con el mundo tal como es, en lugar de comprometerse a dar forma a un mundo como debe ser.

En este siglo más violento, la sangre de nuestros niños corre por nuestras calles porque les hemos enseñado bien la violencia.

Si nuestros programas oblatos han de ser auténticos, que haya oblatos de pacificación, con el carisma pacificador de un Benito de Nursia que abandona las armas para luchar por Cristo Rey.

En este el más sexista de los mundos, las mujeres son violadas, golpeadas, compradas y vendidas en todo el mundo hasta el día de hoy, sin poder contar con los recursos adecuados, invisibles en todos los ámbitos principales de toma de decisiones, tanto de la Iglesia como del Estado, privadas de igualdad, de pagos y promociones significativas.

Para que nuestros programas oblatos sean auténticos, permítanse asociarse con la espiritualidad de Benedicta Riepp e Hildegarda de Bingen, quienes llaman a los hombres del mundo a la conciencia y la responsabilidad tanto en la Iglesia como en el Estado.

Los programas oblatos no pretenden ser adiciones piadosas a una cadena de devociones privadas.

El benedictinismo es un viaje a las profundidades y exigencias de la vida contemplativa, a una vida de oración que es real, no simplemente ritualista.

Los benedictinos se paran en la cima de una montaña de oración inmersa en los gritos del salmista, desafiados diariamente por los profetas, tocados hasta el fondo por las demandas del evangelio y llamados por Jesús el liberador, redentor, sanador y amante, para responder a su llamado: "¡Vengan, síganme!"

Y así, la oración benedictina nos deja con la pregunta: como benedictino, ¿quién eres para liberarte de las cadenas del rechazo, la pobreza y la codicia?

¿Qué has redimido en un mundo lleno de su propia destrucción?

¿Quién es tu amor? ¿Solo el yo o también el otro, y cómo lo sabríamos si lo viéramos?

Para muchos, la imagen piadosa de Cluny y su programa de oración de 24 horas permanece. Pero el Cluny que rechazó a los campesinos hambrientos la cosecha en sus graneros es una aberración de una gran tradición de cuidado y servicio, educación y sanación, justicia y paz. Y así, los campesinos de aquel día lo derribaron.

Cluny es, en el mejor de los casos, una advertencia de lo que sucede cuando una orden religiosa se vuelve agria – como la fruta en mal estado -.

En cambio, estamos en una mesa común, tú y yo, en lo que llamamos la Iglesia.

Estamos llamados a compartir una fiesta común, con el mundo que nos rodea.

Tenemos la responsabilidad común de llevar el pan de vida a cada cosa que muere. Le debemos al mundo ahora la copa de sangre que es la nuestra.

Somos compañeros en el camino y guardianes de una gran tradición espiritual, nacidos en tiempos de estrés y discordia, herederos de la guerra y la muerte sin piedad, curanderos de la pobreza espiritual y el dolor físico, la opresión desenfrenada y la gran necesidad humana.

Este no es un momento para confundir la primera gran tradición cenobítica de la historia con algún tipo de spa espiritual, donde podemos escondernos e ignorar el llamado de Jesús a escuchar el llamado de los pobres.

Ahora es nuestro momento de llevar estos carismas vibrantes, que de nuevo cambian el mundo, a un mundo que ahora los necesita tanto.

Vayamos entonces con Rut y Noemí, Eliseo y Elías, Judit y su criada, Timoteo y Pablo, como oblatos y monásticos acompañados, de nuevo a la verdad profética, a la voz del evangelio, al testimonio valiente, al valor contemplativo para arriesgar la vida nueva en todas partes.

En otras palabras, seamos fieles a la tradición que tenemos en común.

Una vez, un discípulo le preguntó a un santo ¿cuál es la diferencia entre el conocimiento y la iluminación?

Y el santo dijo: "Cuando tienes conocimiento, usas una antorcha para iluminar el camino. Cuando estás iluminado, te conviertes en la antorcha para liderar el camino".

¿De dónde eres? Tú vienes del corazón del espíritu.

¿Quién eres tú? Eres los dones monásticos dados por Dios para hoy.

¿Qué debes hacer? Debes encarnar y extender los carismas o dones del espíritu, por mucho tiempo incrustados en esta gran tradición monástica, en formas nuevas e incluso más ricas.

Entonces, ¿por qué existes? Por una razón, y una sola razón: para convertirte, como los grandes monásticos antes que tú, en la luz ardiente, flamígera y abrasadora para otros que realmente debes ser.

Finalmente, la verdad es que el llamado a la sabiduría, al testimonio y a la unidad en la comunidad nos es común a ambos: oblatos y monásticos por igual, y el llamado debe escucharse. Juntos tú y yo debemos hacer que suceda.

Que tú, yo, nuestros monasterios y nuestros programas oblatos se complementen, se escuchen mutuamente y se conviertan en una parte más fuerte de la tradición, de manera que nunca podamos estar solos.

Traducción: Marina Müller